

Juan Pablo II Magno

Una presencia eterna

Eleuterio Fernández Guzmán
Laico y Licenciado en Derecho

1.-Introducción.-2.-No tengáis miedo.-3.-Años verdaderamente Magnos.-4.-Obras de Dios.-5.-El dolor y la vida.-6.-Una verdadera Esperanza.-7.-Conclusión y agradecimiento.

1.-Introducción

Si hay algo que, a lo largo de su vida, determinara la personalidad de Juan Pablo II Magno fue su entrega a los demás. Comprendiendo a la perfección la misión que Cristo estableció para sus discípulos cuando, estando “a la mesa” se les apareció y les dijo “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda la creación” (Mc 16, 14a.15), la llevó a cabo en todo su estricto sentido.

Desde que, en el momento de la elección como Pontífice, dijera aquello de “No tengáis miedo” hasta el mismo momento de su muerte terrena no hizo más que ser ejemplo de pasión por la Palabra de Dios (que transmitió de viva voz y por escrito en, por ejemplo, 14 Cartas Encíclicas), de transmisión de la misma y de lucha por hacer posible que se comprendiese y se aceptase aquella como cauce y camino de salvación eterna.

Pero, además de lo dicho, ha sido, para una humanidad hedonista y pegada, sobre todo, al tener sobre el ser, ejemplo de sufrimiento sentido como algo gozoso y, sobre todo, entendido como misterio de Dios del que sólo cabe aceptación y disfrute. Por mucho que pudiera pensarse que su físico se había deteriorado (realidad visible en la Semana Santa de 2005) hasta tal punto que pudiera creerse que era inhumano hacerle comparecer en la Plaza de San Pedro (aunque fuese desde una ventana) para dirigirse a los fieles que allí se concentraban, no era menos cierto que tal realidad venía en explicación del sentido exacto que, del dolor, ha de tener un cristiano.

Nos mostró, así, Juan Pablo II Magno, una esperanza cierta y basada en Dios mismo; una Esperanza conformada de Caridad y de Fe. Una verdadera vida teologal.

2.-No tengáis miedo

La existencia de Juan Pablo II Magno como Papa que abrió el mundo a la Iglesia y la Iglesia al mundo y que si no fue “Santo Subito”¹ lo será, con el tiempo, por la vía común a todo creyente (seguro que él no querría otra cosa para su persona) tiene, digamos, un momento inicial al que prosiguió una vida llena de amor a Dios y de amor al hombre, semejanza de Dios.

Empecemos, como suele decirse, por el principio.

El 16 de octubre de 1978, tras un proceso doloroso que finalizó con la muerte de Juan Pablo I, se vio salir, de la famosa chimenea vaticana, la no menos famosa fumata blanca. Por fin teníamos Papa.

Cuando la persona elegida salió a la logia de la basílica Vaticana dijo algo que, a lo largo de su pontificado, fue totalmente decisivo para el mismo y que encaminó, a los católicos del mundo, por caminos más seguros y ciertos: “No tengáis miedo” dijo, para añadir (no menos importante esto pues de ello se deduce lo primero) “Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo”.

Karol Wojtyla, polaco, Arzobispo de Cracovia, tras una vida difícil y de fe, accedía a llevar, en su bondadoso bolsillo, las llaves que Cristo entregó a Pedro.

Porque, para nosotros, los que nos sabemos y creemos hijos de Dios, tanto una cosa como otra (el apartar el miedo de nuestras vidas y el abrir nuestro corazón a Cristo) ha sido, es, esencial para nuestras vidas y existencias.

Como bien sabemos, el mundo de hoy, y la actitud de muchos poderosos, actúa contra todo lo que pueda sonar a cristiano y católico, en concreto. Ante esto, Juan Pablo II Magno también nos propone un, digamos, programa, para llevar a cabo.

En el “Discurso de S.S. Juan Pablo II al comité central y a los delegados de las Iglesias para la preparación del gran jubileo”² dijo que hemos de actuar con una clara exigencia en la “humildad, capacidad de escucha, intrepidez y disponibilidad a buscar incansablemente y a cumplir con generosidad la voluntad de Dios”.

Además, en una de sus Cartas Encíclicas, “Redemptoris missio”³ dice que “Los horizontes y las posibilidades de la misión se ensanchan, y nosotros los cristianos estamos llamados a la valentía apostólica, basada en la confianza en el Espíritu. ¡Él es el protagonista de la misión!”⁴.

Siempre habla de valentía y, como antes se ha transcrito, de intrepidez.

No entiendo posible, con la misma expresión ¡No tengáis miedo! Lo dice todo, que el cristiano se tenga que someter al proceder del mundo, a la prevalencia del tener sobre el ser, a dejar de hacer la voluntad de Dios para, por nuestra conveniencia, hacer lo que nos convenga.

Y la falta de miedo, por otra parte, no quiere decir falta de sensatez o que se tenga que actuar sin razonar lo que se hace. Muy al contrario, llevar a cabo una vida de acuerdo a la creencia en Dios y en su Hijo Jesucristo supone, por tanto, un venir, sobre todo, a ser.

Por eso, ante tal realidad, innegable, el abrir nuestro corazón a Cristo es, sin duda alguna, la solución ante la retahíla de asechanzas que amenazan nuestra fe y consiguen, muchas veces, que olvidemos cuál es la misión que tenemos en esta vida.

Bien ha dicho, sobre esto, Benedicto XVI⁵, refiriéndose a Juan Pablo II Magno, que “toda su misión estuvo marcada por el servicio a la verdad de Dios y del hombre, y de la paz en el mundo”.

Y esa la verdad de Dios lo que nos ha de impulsar, sin miedo, a rebatir lo que de negativo se pueda plantear sobre la labor de la Iglesia en el mundo porque nos va, a nosotros mismos, nuestra seguridad espiritual en el empeño. Por eso el Papa polaco llevó a cabo su labor sin dejar sitio a que tal sentimiento de desesperanza se adueñara de su actuar: no tuvo miedo cuando planteó, de cara, el tema de los derechos de las personas; cuando no se arredró ante el comunismo; cuando encaró de frente realidades como la Libertad, la Justicia, la Paz, la Sexualidad, la Política, la Economía, la Cultura, los Medios de Comunicación. Tampoco se vino abajo cuando defendió a la Mujer (“En este momento en que la Humanidad conocer una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a que la Humanidad no decaiga”, dice en la Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, de 1988) o cuando destacó la importancia de la Juventud en el mundo de hoy (“¡Jóvenes, no tengáis miedo de ser santos! ¡Volad a gran altura, consideraos entre aquellos que vuelven la mirada hacia metas dignas de los hijos de Dios!, dijo en la Jornada Mundial de la Juventud, en Czestochowa, en 1991)

Por eso, cuando sabemos, bien lo sabemos, que es muy probable que, en lo referido a la situación de la Iglesia y, por tanto, la de los creyentes en la Esposa de Cristo, empeore la misma (el relativismo y el nihilismo están haciendo de las suyas en la mente de muchos creyentes) hemos de recordar aquel “No tengáis miedo” citado arriba y recordado siempre como luz que seguir.

Porque, sobre todo, no tener miedo es no avergonzarse de ser lo que somos: hijos de Dios y herederos de su Reino.

¿A quién temeremos?

3.-Años verdaderamente Magnos

El día 28 de junio del año 2005, víspera de la fiesta de San Pedro y San Pablo, se abrió, oficialmente, en la basílica de San Juan de Letrán, la causa de beatificación de Juan Pablo II Magno.

Apenas unas semanas después de haber sido elegido Papa (lo fue el 19 de abril de aquel mismo año) comunicó personalmente, en la basílica citada arriba⁶ el 13 de mayo de 2005 que se iniciaba, casi de forma súbita (y merecida), el iter de beatificación correspondiente a su inmediato predecesor.

Habían transcurrido menos de 3 meses desde que el Siervo de Dios Karol Wojtyła pasara a la Casa del Padre cuando, por dispensa de Benedicto XVI (obviando el plazo, ordinario, de 5 años para la apertura de tal causa) se llevó a cabo el inicio del proceso que, a día de hoy, aún no ha finalizado.

El Rescripto, con fecha de 9 de mayo, con el que se dispensaba el plazo de 5 años decía lo siguiente:

“A petición del eminentísimo y reverendísimo señor cardenal Camillo Ruini, Vicario General de Su Santidad para la Diócesis de Roma, el Sumo Pontífice BENEDICTO XVI, teniendo en cuenta las peculiares circunstancias expuestas, en la audiencia concedida al mismo cardenal vicario general el día 28 del mes de abril de este año 2005, ha dispensado del tiempo de cinco años de espera después de la muerte del siervo de Dios Juan Pablo II Magno (Karol Wojtyła), Sumo Pontífice, de modo que la causa de beatificación y canonización del mismo siervo de Dios pueda comenzar enseguida. No obstante cualquier cosa en contrario.

Dado en Roma, en la sede de esta Congregación para las causas de los santos, el día 9 del mes de mayo del año del Señor 2005”

Pero fue, concretamente, el 2 de abril de aquel año 2005 cuando dijera aquellas palabras de "Dejadme marchar a la casa del Padre"

Y desde entonces no han cesado los testimonios hacia su persona y hacia la fama de santidad que, ya en vida, le acompañaba.

Juan Pablo II Magno era, por tanto, amado por muchos, querido por muchos, seguido por muchos. Y sigue siendo amado por muchos, querido por muchos y seguido por muchos.

Porque estos 3 años han sido, verdaderamente, Magnos.

Por ejemplo, la tumba de Juan Pablo II Magno recibe, cada día, entre 15.000 y 20.000 visitantes. Una simple operación aritmética

nos dará testimonio claro de quién es la persona de la que hablamos aquí.

Y, en concreto, opiniones de algunas personas importantes mostrarán el sentido de la vida de Juan Pablo II Magno del que ahora recordamos el tercer aniversario de su partida.

Por ejemplo, Chiara Lubich, fundadora de los Focolares, que recientemente partió para la Casa del Padre, dijo que “La gran novedad que el Papa ha hecho aletear, fundada en la Escritura y sugerida por el Concilio Vaticano II, es una nueva autoconciencia de la Iglesia. Hace sentir a cualquier mujer corazón de la humanidad”

Pero, para que no pueda pensarse que traer, aquí, opiniones de personas católicas, pueda abonar, en exceso, un amor desmedido hacia Juan Pablo II Magno, Mark Hanson, presidente de la Federación Luterana Mundial ha dejado dicho que “Los luteranos recordarán siempre a Juan Pablo II como el Papa que fomentó un crecimiento sin precedentes de las relaciones entre luteranos y católicos romanos. Curando las heridas causadas durante el siglo XVI, la Reforma adquirió un nuevo significado cuando se firmó en 1999 la Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación. Vivimos en una nueva esperanza de que el Espíritu de Cristo Vivo continuará aquella labor y nos conducirá a una relación más fuerte entre los dos cuerpos eclesiales”.

Y así podríamos traer, a colación, multitud de pensamientos buenos acerca del Siervo de Dios en proceso de beatificación y, seguro, de canonización⁷ porque muchas personas lo han tenido como lo que era: un santo en vida.

Por eso, resulta importante para todo creyente y para todo aquel que quiera reconocer la importancia que Juan Pablo II Magno ha tenido, tiene y tendrá para el gran pueblo de los hijos de Dios que peregrina por la tierra, dejar, aquí, prueba de Oración para implorar favores por intercesión del Siervo de Dios, el Papa Juan Pablo II Magno

“Oh Trinidad Santa,

Te damos gracias por haber concedido a la Iglesia al Papa Juan Pablo II Magno y porque en él has reflejado la ternura de Tu

paternidad, la gloria de la cruz de Cristo y el esplendor del Espíritu de amor.

Él, confiando totalmente en tu infinita misericordia y en la maternal intercesión de María, nos ha mostrado una imagen viva de Jesús Buen Pastor, indicándonos la santidad, alto grado de la vida cristiana ordinaria, como camino para alcanzar la comunión eterna Contigo.

Concédenos, por su intercesión, y si es Tu voluntad, el favor que imploramos, con la esperanza de que sea pronto incluido en el número de tus santos.

Amén”

Porque, se diga lo que se diga, la existencia de un santo se deja ver por el amor que se le tiene, por los testimonios de aquellas personas que, de una manera o de otra, han sentido el paso de su vida por las suyas y, sobre todo, por lo que el llamado a serlo haga desde el definitivo Reino de Dios. Y Juan Pablo II Magno es, en ese sentido, un ejemplo claro de lo que, a grandes rasgos, es un elegido por Dios para llevar, con cruz incluida, su Palabra por el mundo.

Exactamente como hizo el polaco fuerte (“atleta de Dios” se le llamó) que, desde la otra parte del telón de acero, vino a traernos la esperanza que nunca muere, el miedo que no quiso para nosotros, el fin de un amor cierto y seguro.

4.-Obras de Dios

Conocemos, es fácil hacer tal cosa, la ingente producción literaria y espiritual (a la vez) que llevó a cabo Juan Pablo II Magno a lo largo de su extenso papado.

Entre Audiencias, Cartas, Constituciones Apostólicas, Discursos, Encíclicas, Exhortaciones Apostólicas, Constituciones Apostólicas, Discursos, Exhortaciones Apostólicas, Homilias, Mensajes, Motu Propios, etc. se pueden contar por centenares la aportación que Juan Pablo II Magno hizo a la catolicidad y, en general, al devenir del mundo.

En una Conferencia del, entonces, Cardenal Joseph Ratzinger en el Congreso “Juan Pablo II: 25 años de Pontificado. La Iglesia al servicio del hombre” celebrado en Roma entre los días 8 y 10 de mayo de 2003 dijo que “Sería absurdo pensar que se puede hablar en media hora de las catorce encíclicas de nuestro Santo Padre. Sería preciso examinar cada una detalladamente, para poder comprender la estructura del conjunto y para captar sus temas centrales y la línea de su enseñanza”

Pues, de igual modo (con mucha más razón) puede decir, el que esto escribe, sobre el tema de este artículo.

Sin embargo, si nos gustaría hacer, al menos, una reseña indicativa de la importancia de la obra de Juan Pablo II relativa a sus Cartas Encíclicas pues en ellas se puede apreciar el trato inteligente que tuvo (y que tiene si se miran, ahora, sus textos) sobre los temas que trató.

El listado de las mismas es el que sigue:

"Redemptor hominis" (Jesucristo Redentor del hombre), con fecha de 4 de marzo de 1979.

"Dives in misericordia" (Dios Padre, Rico de misericordia), data el 30 de noviembre de 1980.

"Laborem exercens" (Trabajo humano y problemas sociales), fechada el 14 de septiembre de 1981.

"Slavorum Apostoli" (Santos Cirilo y Metodio, patronos de los eslavos), datada el 2 de junio de 1985.

"Dominum et vivificantem" (Espíritu Santo Señor y vivificador), con fecha de 18 de mayo de 1986.

"Redemptoris mater" (María, Madre del Redentor), fechada el 25 de marzo de 1987.

"Sollicitudo rei socialis" (Auténtico desarrollo del hombre y de la sociedad), datada el 30 de diciembre de 1987.

"Redemptoris missio" (La misión), con fecha de 7 de diciembre de 1990.

"Centesimus annus" (La cuestión social, a cien años de la "Rerum novarum"), fechada el 1 de mayo de 1991.

"Veritatis splendor" (Fundamentos de la moral católica), con fecha de 6 de agosto de 1993.

"Evangelium vitae" (Valor e inviolabilidad de la vida humana), fechada el 25 de marzo de 1995.

"Ut unum sint" (Sobre el empeño ecuménico), datada el 25 de mayo de 1995.

"Fides et Ratio" (Fe y razón), fechada el 14 de septiembre de 1998.

"Ecclesia de Eucharistia" (La Iglesia vida de la Eucaristía) fechada el 17 de abril de 2003.

Bien podemos ver que, con el paso de los años, desde aquella primera Carta Encíclica (Redemptor hominis) en la que pueden apreciarse los principios y valores que conducirán su pontificado así como muchos de los temas que, luego, tratará en otros textos aquí citados; decimos que, con el paso de los años, la sabiduría de Juan Pablo II Magno (por mucho que quiera verse, y se ve, la mano del ahora Pontífice Benedicto XVI en las Encíclicas) ha ido encauzando un proceder que ha enriquecido el universo católico con un verbo que pone el acento, exactamente, donde corresponde.

Juan Pablo II Magno, en labor como Santo Padre, se ocupó, en sus 14 Encíclicas, de temas diversos: desde el Papel de Dios, de Jesucristo y María, en la vida del mundo y también en el nuestro hasta la función de la Eucaristía en la vida de la Iglesia.

Sin embargo, también se ocupó de la Misión de Iglesia, de la importancia de tener en cuenta y llevar a la práctica aquellos fundamentos de la moral católica que hemos de tener en cuenta.

No menos importancia han tenido, y tienen, sus tres Encíclicas sociales (Laborem exercens, Sollicitudo rei socialis y Centesimus annus) donde puede apreciarse "la primacía del trabajo sobre el capital y la primacía de la ética sobre la técnica" (palabras de Benedicto XVI en la Conferencia citada arriba)

Pero no podemos olvidar, por ejemplo, lo importante que es, para Juan Pablo II Magno, la defensa de la vida y la inviolabilidad que la

misma tiene por el hecho mismo de ser persona el ser humano. Y esto se puede apreciar, a la perfección, en *Evangelium Vitae* donde dice que “El hombre está llamado a una plenitud de vida que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. Lo sublime de esta vocación sobrenatural manifiesta la grandeza y el valor de la vida humana incluso en su fase temporal”⁸.

Y no menos importante es *Fides et Ratio* donde se demuestra que la Fe y la Razón no son algo separable sino, muy al contrario, porque “la fe como la razón se han empobrecido y debilitado una ante la otra. La razón, privada de la aportación de la Revelación, ha recorrido caminos secundarios que tienen el peligro de hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal”⁹.

Pero no podemos dejar de nombrar a los Santos Cirilo y Metodio, patronos de los eslavos (de especial recuerdo para el mismo Juan Pablo II Magno) porque “Los apóstoles de los Eslavos, santos Cirilo y Metodio, permanecen en la memoria de la Iglesia junto a la gran obra de evangelización que realizaron. Se puede afirmar más bien que su recuerdo se ha hecho particularmente vivo y actual en nuestros días”.

Y así podríamos estar hasta la eternidad digital. El caso es, sin embargo, Juan Pablo II Magno, en éstas, sus obras de Dios (inspiración, sin duda, divina) se hace presente en cada párrafo del texto de cada una de sus Encíclicas.

Allí está presente y siempre nos espera para recordarnos, con sus escritos, que Dios es siempre bueno con sus siervos.

5-El dolor y la vida

Todos recordamos y, seguramente, es una imagen que se nos ha quedado impresa en la memoria, como Juan Pablo II Magno caía desplomado en el coche que atravesaba la Plaza de San Pedro aquel 13 de mayo de 1981.

Cuando Alí Agca le disparó a quemarropa, con una pistola marca Browning de nueve milímetros, Juan Pablo II se dirigía a celebrar la

audiencia que todos miércoles celebraba. Le hirió en el abdomen (de gravedad)

Sin embargo fue la prueba más palpable de lo que el dolor puede suponer para un cristiano si sabe entender el significado del mismo y si sabe, por así decirlo, obtener fruto bueno del sufrimiento.

Por muy extraño que pueda parecer, también para el Santo Padre polaco “El sufrimiento, más que cualquier otra cosa, es el que abre el camino a la gracia que transforma las almas”. Esto lo dice en el número 27 de su Carta apostólica *Salvifici doloris* (SD) que, en el año 1984 (3 años después del intento de magnicidio) mostró el sentido cristiano del sufrimiento humano al mundo.

Pero el sufrimiento, el dolor, también puede entenderse como una “llamada a manifestar la grandeza moral del hombre, su madurez espiritual”¹⁰ porque, como en su caso, grande es aquella persona que es capaz de perdonar a quien ha intentado acabar con su vida terrena. Y eso es lo que hizo, precisamente, Juan Pablo II Magno, que perdonó, seguramente muy pronto, a aquel al que preguntó (en una carta que nunca envió pero de la que se tuvo noticia al poco tiempo de pasar a la Casa del Padre) que por qué le disparaba si ambos creían en un único Dios.

Y esto es, sin duda alguna, una muestra de grandeza fuera de lo común porque fuera de lo común es actuar hoy perdonando a quien te ha ofendido en vez de vengar la ofensa.

Y la grandeza a que antes hacíamos referencia (en palabras de Juan Pablo II) lleva a algo más porque “el sufrimiento parece pertenecer a la trascendencia del hombre; es uno de esos puntos en los que el hombre está destinado a superarse a sí mismo, y de manera misteriosas es llamado a hacerlo”¹¹

Pero la forma de permanecer en tal estado de gracia en el que dolor es, bien mirado, un bien para el hombre, tiene que ver mucho con las particulares cualidades de Juan Pablo II Magno. Por eso, Benedicto XVI en la Homilía del Santo Padre alemán en el tercer aniversario de la muerte de su antecesor (el miércoles pasado, 2 de abril) ha dicho que “Entre las muchas cualidades humanas y sobrenaturales que lo adornaban, también poseía, en efecto, la de una sensibilidad espiritual y mística excepcional. Bastaba con

observarlo mientras rezaba: se sumergía literalmente en Dios, y en aquellos momentos parecía que todo lo demás le resultara ajeno”.

Por tanto, no otra cosa podía esperarse de tan agraciado espíritu que recomendase algo muy importante para quien sufre: “Así como sufrís en unión con Cristo estad unidos a El en oración” que es lo que dijo Juan Pablo II Magno en la Homilía durante la celebración de la Palabra con enfermos en la Iglesia de “San José en Baroko” el 18 de enero de 1995.

Al fin y al cabo “Las debilidades de todos los sufrimientos humanos pueden ser penetrados por la misma voluntad de Dios, que se ha manifestado en la cruz de Cristo”¹². Tal penetración de la gracia divina sana los corazones enfermos y transforma lo que podría ser considerado exclusivamente como padecimiento y tristeza en gozo y alegría.

No es esto, sin embargo, nada fácil. Ante el sufrimiento lo más socorrido es, precisamente, sufrir y no dar cabida a ninguna otra consideración ni siquiera piadosa por parte de nadie ajeno a nosotros mismos. Pero por eso mismo “es necesario cultivar en sí mismo esta sensibilidad del corazón, que testimonia la compasión hacia el que sufre. A veces esta compasión es la única o principal manifestación de nuestro amor y de nuestra solidaridad hacia el hombre que sufre”¹³.

Pero, a pesar de todo lo aquí dicho, hay que entender que sufrir es algo más que ser objeto de alguna enfermedad: “El sufrimiento es algo más complejo y, a la vez, aún más profundamente enraizado en la Humanidad misma”¹⁴ porque en el mismo “se esconde una particular fuerza que acerca interiormente el hombre a Cristo, una gracia especial”¹⁵. Bien podemos entender lo que pasó Jesucristo en su Pasión para, ante cualquier sufrir nuestro particular, llevar el yugo del dolor que él soportó por el camino que lleva al Gólgota.

Por eso sufrir nos deposita más cerca de Cristo porque “La cruz de Cristo arroja de modo muy penetrante luz salvífica sobre la vida del hombre y, concretamente, sobre su sufrimiento, porque mediante la fe lo alcanza junto con la Resurrección: el misterio de la Pasión está incluido en el misterio pascual”¹⁶.

Y es que para Juan Pablo II (que trocó el “dolor y muerte” por “dolor y vida”) nada había mejor, probablemente, que le sumiera en la contemplación, que el sufrimiento mismo.

De aquí que Benedicto XVI, en la Homilía de recuerdo citada arriba, diga que “Tal y como le sucedió al propio Jesús, también en Juan Pablo II, al final, las palabras cedieron el sitio al sacrificio extremo, a la entrega de sí. Y la muerte selló una existencia entregada toda ella a Cristo e incluso físicamente conformada con él en los rasgos del sufrimiento y del abandono confiado en los brazos del Padre celestial”.

Porque para Juan Pablo II en el sufrimiento había una esperanza cierta; la razón, seguramente, de la nuestra.

6.-Una verdadera esperanza

Como sabemos, la Esperanza, como virtud teologal, dirige o, al menos, ha de hacerlo así, la vida de aquella persona que se considere hija de Dios y que, por eso mismo, ha de cumplir aquello que escribiera san Pablo en su Epístola a los Romanos: “No te dejes vencer por el mal, antes vence el mal con el bien”¹⁷.

Escribió George Weigel una biografía del Papa polaco que tiene un título bastante ajustado a la realidad y que muestra hasta dónde puede llegar el ser humano que ha comprendido y ha hecho, en su vida, la voluntad de Dios. “Testigo de Esperanza” se titula el mismo.

Y fue testigo porque dio testimonio de la realidad según la cual esperó, y vio como Dios daba, da, al hombre, los bienes que le prometió en su alianza con su criatura.

Por tanto, a lo largo de su vida como Santo Padre, así como en su etapa anterior (más larga como es lógico) mostró que “se puede vencer el mal. Ésta es la fuerza de la esperanza”¹⁸.

Sabemos de dónde viene, exactamente, la esperanza. No se trata de la manifestación de un optimismo sin sentido que haría del cristiano una persona fuera del mundo en el que vive y que sólo soñara con algo mejor. Muy al contrario, a tenor de lo dicho por Juan Pablo II Magno, “la esperanza viene de Dios, de nuestra fe en Dios. Sin fe en Dios no puede haber una esperanza duradera,

auténtica”¹⁹.

Sin embargo, el mundo, el siglo, nos propone una esperanza distinta, una verdad muy alejada de lo que, en sentido cristiano, se entiende por tal virtud. Todo ello porque “los diversos mesianismos secularizados, que han intentado sustituir la esperanza cristiana, se han revelado después como verdaderos y propios infiernos”²⁰.

Entonces, ¿Qué podemos hacer si estamos en el mundo pero no podemos, ni debemos, perder nuestra relación vertical con Dios?

Por supuesto, no podemos, de ninguna de las maneras, dejar de creer en Dios (llevados por lo mundano y la mundanidad que comporta). Así “Dejar de creer en Dios es empezar a deslizarse por un sendero que sólo puede llevar al vacío y a la desesperanza (dicho en Los Ángeles, citado arriba)

Así hemos de conducirnos por el camino de nuestra vida, por el recorrido que hacemos y que queremos finalice en el definitivo Reino de Dios porque “La fe cristiana y la esperanza cristiana miran más allá de la muerte. Pero ni la fe ni la esperanza son mero consuelo en el más allá. Transforman ya ahora nuestra vida terrena”²¹.

Y por eso mismo hemos de hacer, por decirlo así para que se entienda, uso de tal posibilidad, de tal virtud. Ya hemos dicho arriba que no se trata, la esperanza, de un sueño sino de algo que transforma nuestro proceder porque lo ilumina el Espíritu Santo que “no deja de ser custodio de la esperanza en el corazón del hombre”²².

Pero es que, además, quien crea que puede subsistir sin esperanza es que no reconoce la limitación que, como persona, tiene, porque es tenerse por un ser superior quien estima que su vida depende de sí mismo y que no ha de ponerla en manos (sin por ello renunciar a la libertad que Dios mismo le otorga) de Quien la ha creado y de su voluntad. Dice Juan Pablo II en el ya citado discurso de Los Ángeles que “Hay que tener una finalidad en la vida, un sentido para nuestra existencia. Tenemos que aspirar a algo”.

¿Y qué pasa si no manifestamos una voluntad que tienda a hacer posible algo que esperamos alcanzar? Sencillamente, que “Sin esperanza, comenzamos a morir” dijo Juan Pablo II Magno en aquel viaje a Estados Unidos en 1987.

Una visión real de la vida

De todas formas, no hay que caer en la tentación de pensar que el cristiano trata, con la esperanza como raíz de su actuación, de permanecer aislado del mundo. Al contrario de esto su espiritualidad “No es una espiritualidad de huida o rechazo del mundo; tampoco una simple actividad de orden temporal. Impregnada por el Espíritu de vida, derramado por el Resucitado, es una espiritualidad de transfiguración del mundo y de esperanza en la venida del reino de Dios”²³.

Por lo tanto, se trata, más bien, de llevar a la vida la misma realidad de la Parusía en el sentido exacto de esperanza cierta y real en su acaecimiento.

Y es que sentirse esperanzado en las tribulaciones por las que pasamos es un, a modo de, comportamiento moral de acuerdo a nuestras creencias como cristianos.

Porque, sobre todo, “Hoy no basta despertar la esperanza en la interioridad de las conciencias; es preciso cruzar juntos el umbral de la esperanza”²⁴.

Y es lo último dicho en la Audiencia General del 11 de noviembre de 1988 lo que dio título a un libro-entrevista o, más bien, a la contestación a unas preguntas hechas por Vittorio Messori a Juan Pablo II (“Cruzando el umbral de la Esperanza”) en las que el Santo Padre venido de más allá del telón de acero nos desgrana su visión, sobre todo, de la Esperanza como realidad constatable.

Se deduce, de tal texto, que para Juan Pablo II tener esperanza es al fin y al cabo, creer: en Dios, en Jesucristo, en el Espíritu Santo.

Es así como la Esperanza se manifiesta con toda su fuerza creadora de paz para el corazón del hombre.

Y cruzar tal umbral es, para nosotros, la tarea más importante que, como cristianos, tenemos que realizar.

7.-Conclusión y agradecimiento

A lo largo de estos cinco acercamientos a la figura espiritual de Juan Pablo II Magno hemos podido comprobar como el Papa que viniera de más allá del telón de acero para romperlo se hizo amar por todos los hijos de Dios que así se considerasen. También fue respetado por todas aquellas personas que, de una manera o de otra, conocieron la labor lleva a cabo por Karol Wojtyla.

Dice Juan Pablo II Magno²⁵ que “En otoño de 1942 tomé la decisión definitiva de entrar en el seminario de Cracovia”. Desde entonces, a lo largo de muchos decenios, incluidos los que corresponde a su labor de Santo Padre, mostró que, bien entendida, la vida de un cristiano puede ser fructífera y rendir, como dice la parábola del sembrador (Mc 4, 2-20), el 101% de lo plantado.

No es difícil entender que las dificultades que tuvo (y no sólo antes de ser Santo Padre) hicieron de su persona alguien cuyo recorrido vivencial se cimentó en la oración, la contemplación del mundo y el acercamiento a Dios al que, con toda seguridad, amaba y a Quien se entrega, también, en los demás.

A este respecto, respondiendo a una pregunta que Vittorio Messori le plantea en “Cruzando el umbral de la esperanza”²⁶ dice que “El Evangelio es la confirmación más plena de todos los derechos del hombre porque “El Redentor confirma los derechos del hombre”.

Por ser Karol Wojtyla, a lo largo de su entrada y maravillosa vida, Siervo de Dios fue, exactamente, eso, el siervo amado del Padre y el discípulo que evangelizó al mundo.

Él no se cayó de ningún caballo, como le pasara a Pablo porque si, acaso, algo persiguió, era el conocimiento de la Verdad y tal actitud debemos agradecer porque, como en realidad ha de ser, dar gracias a un santo no es, sino, reconocer su misma santidad en forma de alabanzas y gozosos recuerdos de su existencia.

NOTAS

¹ Página web a la que dirigirse es:- <http://www.santosubitoonline.com/es/>

² El 16 de febrero de 1996.

³ De 1990.

⁴ Rmi 30.

⁵ En el rezo del Ángelus del 30 de marzo del 2008.

⁶ La que es su catedral como obispo de Roma.

⁷ Cuando corresponda.

⁸ EV 2.

⁹ FR 48.

¹⁰ SD 22.

¹¹ SD 2.

¹² SD 23.

¹³ SD 28.

¹⁴ SD 5

¹⁵ SD 26.

¹⁶ SD 21.

¹⁷ Rm 12, 21.

¹⁸ Jasna Gora, Polonia 1987.

¹⁹ Los Ángeles, Estados Unidos, 1987.

²⁰ Jornada Mundial de la Juventud, Roma 2000.

²¹ Salzburgo, Austria, 1988.

²² Encíclica Dominum et vivificantem 67.

²³ Audiencia General, Roma 2 de diciembre de 1998.

²⁴ Audiencia General, Roma 11 de noviembre de 1988.

²⁵ En "Don y Misterio". BAC, página 27.

²⁶ Editorial Plaza & Janés, 1994, página 195.